

## CAPÍTULO XII

Ensayo ó estudio de la lengua castellana tituláramos esta obrita, si tuviéramos convencimiento de haber salido bien en lo de rehuir los vicios con los cuales la corrompe y destruye la galicana moderna, y de habernos aprovechado al propio tiempo de las luces que en el asunto han derramado clásicos escritores, como Capmany, Mayans, Clemencín, Baralt, Bello y otros maestros bien así españoles como suramericanos. Mas cuando estamos señalando los defectos del vecino y fiscalizando su manera de escribir, no sabemos si nosotros mismos vamos cayendo en otros peores; y así, por no volvernos culpables de fatuidad sobre la nota de ignorantes, hemos preferido la culpa del atrevimiento, bautizándola con el nombre de **CAPÍTULOS QUE SE LE OLVIDARON Á CERVANTES**. Siempre que hemos contemplado en la triste situación á que ha venido nuestro hermoso idioma por obra de malos traductores y ruines viajeros, nos ha ocurrido preguntarnos á nosotros mismos: ¿Cómo sucede que cuando la española daba la ley en Europa, puesta sobre todas las lenguas cultas; cuando ella ocupó el lugar de la latina en la diplomacia; cuando ingenios como Pedro Corneille, Molière, Voiture le tomaban sus asuntos junto con su estilo; cuando ella era la lengua de la educación pulida en la sala resplandeciente; cuando los políticos discutían los grandes intereses de las naciones, los oradores sagrados hablaban con Dios y los hombres, los galanes melifluos les contaban sus cuitas á las hermosas, todo en habla castellana; cómo sucede, repetimos, que con tal uso y predominio la francesa no llegó á corromperse, ni quedó desfigurada y echada á perder, como se halla la nuestra en boca y manos de la inmensa mayoría de hablantes y escribientes de uno y otro mundo? Los traductores franceses eran hombres de saber y entender, que así poseían la una como la otra lengua: al paso que los españoles del día no saben ni una ni otra, salvo el puñado de personas de ciencia y juicio, que no le puede faltar á nación

de tan grandes proporciones. En los unos era móvil de sus obras el amor á las letras humanas; los otros van á caza de dinero: éstos miraban con religiosa veneración á su idioma, éstos lo tienen por artículo de mercancía, el cual, para que sea de moda, ha de estar á la francesa.

Maestros originales, inventores, muchos y muy grandes ha tenido España en todo tiempo; y para artífices delicados de la lengua y pulidores de todas sus partes, ningún pueblo como ella. ¿Pero en dónde, en dónde ahora los Granadas, los Marianas, los Leones? Las Teresas de Jesús ¿qué se hicieron? Los Nierembergues ¿dónde fueron? Ávila, Malón de Chaide, Yepes, frailes insignes que ilustraron el convento y dieron nombre á su siglo con sus obras, ¿qué dirían si, sacudiendo el polvo de los siglos que gravitan sobre ellos, se levantaran y oyeran la infame algarabía en que tratan expresar sus ruines pensamientos estos hijos de la piedra que hoy se llaman periodistas, novelistas y poetas! Grandes autores castellanos, ya no abundan; grandes traductores, ya no nacen; y esto debe causar la constelación del mundo ser tan envejecida, que perdida la mayor parte de la virtud, ya no puede llevar el fruto que debía. Parece que Garcí Ordóñez de Montalvo dictaba estas palabras en el siglo XV, para que en el XIX las aplicáramos á nuestro idioma, hiriendo con ellas á los adúlteros que van en busca de mujer ajena, y los incestuosos cuya descendencia no puede menos que adolecer de mil imperfecciones y defectos. Las ondas majestuosas que en la *Guerra de Granada* corren por sobre los tiempos y los acontecimientos pasados, comunicando profundo respeto á los lectores; los armoniosos raudales en que Fuenmayor hace pasar la vida de Pío V, repitiendo la gravedad y numerosidad de los *Anales de Tácito*; el gracejo culto y fino, el lenguaje inimitable de *Lazarillo de Tormes*; la frase ajustada y elegante de *El pícaro Guzmán de Alfarache*; la propiedad, gracia y maestría de *Calixto y Melibea*; la sal ática de *Rinconete y Cortadillo* en ese hablar de todo en todo castizo; nada de esto, nada, tiene hoy imitadores: ni Juan Valdés sirve de maestro, ni Covarrubias ha com-

puesto para nosotros su gran léxico ó *Tesoro de la lengua castellana*.

Nosotros, españoles y americanos, traducimos á los gazapos que amuchigan en esa madriguera inmensa que se llama París. Nuestros padres leían y volvían á su lengua las grandes obras de los clásicos griegos y latinos, esas en que se halla contenida la sabiduría de la antigüedad; pero los tiempos pasaron en que Sueyros, Balbuena y Colomas traducían á Salustio, Cicerón y Tácito, y hoy vemos en las librerías españolas hacinamientos de novelillas, verdaderos cachivaches de la literatura, ó libracos llenos de milagros y absurdos con que indoctos y perversos fomentan la ignorancia del pueblo sin filosofía. Si los amantes de las letras universales tomaran á pechos el verter á su idioma las obras útiles ó magistrales de los autores modernos, aún no tan malo; mas por una traducción de la *Decadencia y caída del Imperio Romano*, tenemos cien romancitos franceses en los cuales el escritor les cuenta los bajos á sus heroínas, sin descuidarse de advertirnos si tienen buena ó mala pierna, y le hacen al héroe el nudo de la corbata. Mor de Fuentes y Bergnes de las Casas son dos, dos aprovechados y buenos traductores: la turbamulta de galiparlistas encendidos de amor por los títeres del Sena se compone de millares. Traducid, españoles, pero traducid á Fenelón, Bossuet, Lacordaire; traducid á Corneille, Molière, Racine; traducid á Boileau, el Horacio moderno; traducid á Chateaubriand, Lamartine, Hugo el poeta; traducid á Thierry, á Michelet; traducid á Villemain, á Sainte-Beuve. Traducid á Montalembert, Dupanloup, si sois papistas: á De Mais-tre, á Veillot, si adoráis al verdugo en el patíbulo. Si sois libre-pensadores, traducid á Laplace, Littré; si amables utopistas, á Flammarión, Delaage; si herejes declarados, á Renán, Peyrat. Para la tierra, Buffón, Cuvier, Gay-Lussac; para el cielo, Arago, Laplace otra vez, Letellier. Si os embelesan los misterios del magnetismo, traducid á Mesmer y Puysegur. Si en todo y para todo queréis autores franceses, ahí están en ilustre muchedumbre historiadores, oradores, científicos, filósofos, y hasta no-

velistas, grandes novelistas, como el autor de *René*, el de *Obermann*, el de *Corina*.

Traducidnos la *Enciclopedia*, por, Dios; traducidnosla, vosotros que sois, ¡oh españoles! tan amigos y partidarios de Rousseau, Diderot, d'Alembert, Grimm y más puntos luminosos de la gran constelación del siglo XVIII, cuya estrella polar, el hélice del infierno, es Francisco María Arouet, convertido en Voltaire por obra y gracia del demonio. Pero esos libritos, esas novelitas, esos santitos, esas estampitas de que están atestadas las librerías de Madrid y Barcelona, todo traducidito de los autorcitos más chiquitos del Parisito del día ó de la noche, ¡oh! estas chilindrinas son la vergüenza de la España moderna, la vergüenza de la América hispana. Este flujo por traducir todo lo insignificante, todo lo inútil, todo lo bajo; esta pasión por los romances de menor cuantía, donde no falta una condesa que viva amancebada con su criado, ni Adriana de Cardoville que no cierre la cortina sobre ella y su príncipe Djalma; estos romances cuyo protagonista ha de hacer mil trampas y picardías; estas obras magnas de comer y beber con mujeres de ruin fama; esto de no acostarse hasta las dos de la mañana, ni levantarse hasta las doce; todo esto es escoria, amigos míos: de ella no sacaremos jamás un grano de oro, por mucho que seamos avisados en la alquimia de la sociedad humana. Vivir como perdidos, matarse como impíos, ¡qué historia, qué páginas! El héroe de la novela francesa duerme de día, come y bebe de noche, hace pegas abominables á los maridos, tiene duelos ó retos á la espada, pide prestado y hace milagros, se arruina, pierde su querida, se despecha, va y se vuela la tapa de los sesos. Esta monserga atroz, este embolismo de pasiones arrastradas, vicios y caídas, puesto en rengloncitos que parecen escalera, sin unidad, sin número, sin gracia; esta literatura de lupanar ¿os seduce tanto, los cristianos, los austeros, los juiciosos españoles? Confianza, pues, en Dios, los hijos míos, decía Antonio Pérez; que el Señor os tiene á su cargo: confianza, pues, en el demonio, los hijos míos, dice España, que Pateta os tiene cogidos de las agallas,

y no os dejará ni el día de las cuentas y perdones. Traducid lo santo, lo sabio, lo poético, lo filosófico, lo moral; traducidlo y traducidlo bien, á fin de que nosotros, hermanos menores vuestros, no recibamos malas lecciones, malos ejemplos, y vengamos á ser tan ignorantes y corrompidos como..... los autores que nos mandáis en mezquina, despreciable galiparla.

Se quejan los españoles de que los suramericanos estamos corrompiendo y desfigurando la lengua castellana, y no están en lo justo: si esto sucede, mal pecado, obra de ellos es: ellos traducen el *Telémaco* de este modo, y nos envían sus traducciones por nuestro dinero. «Y los gallos cantaban, y las gallinas cacareaban, y los caballos relinchaban, y los burros rebuznaban, y los perros ladraban, y los puercos puerqueaban, y los cuchillos cortaban...» «¡Qué más cuchillo que esta porreña descripción! — exclama D. Antonio Capmany examinando la hábil obra de un compatriota suyo; — ¡cuchillo de palo, y bien á la vista!» A esta clase de traducciones, acostumbrados están los españoles modernos, entre los cuales no hay ni un Coloma para los *Anales*, ni un doctor Laguna para Dioscórides, ni un Jáuregui para el Tasso. Moratín, desde luego, no podía menos que ser buen traductor: un buen autor traducirá bien, mal que le pese. Gorostiza no pone la pica en Flandes, pero pasa; y en poco está que D. Eugenio de Ochoa no sea intérprete cumplido. Larra hizo una buena traducción de Lamennais: las *Palabras de un creyente* hallaron eco grave y sereno en Fígaro, ¡quién lo creyera!, y el autor de *El castellano viejo* pudo hablar como profeta antiguo. A los españoles, como á nosotros que somos carne de su carne, hueso de sus huesos, nos sobran aptitudes; lo que nos falta es educación: ya lo dijo Paulo Mérula muchos siglos ha, y entonces, como ahora, le estamos sacando verdadero.

Aunque es verdad también que torrentes de ineptitud se descuelgan de traducciones castellanas como las con que han deshonrado su idioma ciertos peninsulares eminentes en las letras humanas. El *Genio del Cristianismo* obra á la cual no debiera uno llegar sino después de santas abluciones en la fuente

Castalia, ha sido escarnecido y ha quedado maltrecho, en términos que si ese Padre de la Iglesia coronado por las Musas que se llama Chateaubriand saliese de la tumba, lloraría por los vivientes, como Raquel, y se volvería á la eternidad en busca del olvido.

«Ella sola (la Iglesia) sabía hablar y deliberar; ella sola *mantuviera* una cierta dignidad, y se *hiciera* respetable, cuando ninguna otra cosa *lo fuera*. Se *la viera* sucesivamente oponerse á los excesos del pueblo y despreciar la cólera de los reyes. La superioridad de sus luces *debían* inspirarle generosas ideas en política, que ni *conocieran* ni *tuvieran los otros órdenes*. Colocada en medio de *ellos*, debían darle mucho que temer los grandes, y nada los comunes...; por eso en tiempos de turbación se *la viera* adherirse con preferencia al voto de los últimos. El más venerable objeto que ofrecían nuestros estados generales *fuera* aquel banco de ancianos obispos, etc., etc.»

He aquí los tiempos del verbo reducidos á uno solo, y declarada inútil y abolida la conjugación. Suelen los autores servirse del indefinido condicional en lugar del pretérito pluscuamperfecto, por rehuir la importuna consonancia que resulta de muchas oraciones que concurren en el propio caso; mas nadie, nadie, ningún escritor que merezca este título, ha usado jamás del indefinido por el imperfecto, y menos por el perfecto ó pasado absoluto. Ese buen español no conoce ni tiempo ni modo, si no son los suyos. Dios le dé oído á ese monstruo, que no debe de tenerlo, para que no le zozobre ni desespere esa carretilla infernal de *eras*, donde no hay parvas de trigo, sino chícharos y zizaña. ¿Supo su lengua ni la francesa el que tradujo de este modo una de las obras más floridas y amenas de nuestro tiempo? ¿Y la Academia Española no lo privó del agua y el fuego á tan insigne malhechor?

«Destruíd el culto católico, y en cada ciudad habréis *de mester* un tribunal con prisiones y verdugos.» Esto dice Chateaubriand, ortodoxo sistemático. El conde José de Maistre, campeón de la Iglesia á todo trance, sostiene que sin verdugo no puede

existir ninguna sociedad de hombres. *Et nunc intelligite*. Para mi propósito no importa cosa la contradicción de esos dos furibundos ultramontanos: según el uno, al faltar la Iglesia, el verdugo es indispensable; según el otro, la Iglesia no puede existir sin el verdugo. Allá se averigüen: mi negocio es entregarle al patíbulo al facineroso *de menester*; y por fas ó por nefas, católico ó protestante, allá va á manos del señor conde D. José. «Toda expiación requiere sangre,» dice también ese sublime apóstol del cadalso; derrame la de ese delincuente, y quede purificada la lengua castellana.

«Aunque Roma vista por dentro se parece hoy á las demás ciudades de Europa, *toda vez conserva ella un cierto carácter particular*; porque ninguna otra presenta *una* tal mezcla de arquitectura y de ruinas, á contar desde el panteón de Agripa.... La hermosura del *sexo* es *también otra* señal que la distingue de las demás ciudades. Admírase *de otra parte* en los romanos un cierto tono de carnes, que los pintores llaman color histórico... *Una otra particularidad de Roma es los rebaños de cabras.*»

Santo Dios, santo Fuerte, santo Inmortal, líbranos, Señor, de todo mal. Paréceme que he visto al diablo á media noche en el endriago espantoso que allí queda estampado á la española. *Toda vez conserva ella: toutefois elle conserve*. El castellano es *no obstante, sin embargo* conserva cierto carácter particular, echando fuera ese *ella* y ese *un*, cáncanos asquerosos que no sufre cuerpo limpio.

*A contar desde el panteón: à compter dès le Panthèon*. Este á contar traducen, los que saben, por el gerundio, y dicen: contando ó tomando del panteón; y el que escribe á contar desde el panteón de Agripa, puede muy bien irse á revolcar en los establos de Augias.

«La hermosura del *sexo* es *también otra* señal.» *También y otra*, pleonasma: ora el uno, ora el otro, y Cristo con todos. ¡*La hermosura del sexo!* Ya dijo el traductor que la había visto á Roma por adentro, y así pudo darnos esa *señal*. En cuanto á saber si Roma es varón ó hembra, averigüelo Vargas; pues *el*

*sexo* nos deja en ayunas de esa noticia. *El bello sexo* suelen decir los poco entendidos en lengua castellana; los doctores en ella dicen *el sexo femenino*, y con más llaneza y elegancia, *las mujeres*, cuando hablan de las hijas de Eva, estas nuestras dulces enemigas que nos tienen hartos de amarguras.

«Admírase *de otra parte* en los romanos un cierto tono de carnes, que los pintores llaman color histórico.» Si las carnes son las de una vieja facsímile de D. Quijote, el *tono* debe sonar á los oídos del viajero seca y estridentemente, como quien ofrece á la historia de los pintores más huesos que carne, más pergamino que succulenta grasa. Si yo escribiera algún día mis confesiones, á modo de San Agustín, diría que esas carnes ni en Roma me han gustado, ni pienso que ese color de pernil, cual debe de ser por adentro el de las brujas del Trastebere, sea el *color histórico*. *De otra parte*, quiero decir, por otra parte, esos rebaños de cabras *no es una otra particularidad; son otra particularidad*, que no le va en zaga al muslo ahumado de la vieja, ni á lo que el insigne hablita vió por adentro en Roma.

«A Pedro fué á quien se le mandó primeramente *de amar* más que los otros apóstoles, y *de pacer* y gobernarlo todo.» Siendo cierta esa orden, no sería sino la orden del día del prefecto de Marsella, quien, debiendo tocar allí el emperador Napoleón el Grande, *mandó* lo que sigue: «El ejército se alegrará por batallones: los batallones principiarán á sentirse dichosos por el flanco derecho.» Amor mandado, amor á palos. Jesús á nadie mandó que le amase; á fuerza de amor y bondad, de mansedumbre y virtud, se hizo amar; y si Pedro le amó con pasión más viva, fué por haber sido el predilecto de sus discípulos. *Mandar más amor*: la esencia es ran errónea, como desapacible la forma de esta cacofonía.

Ya el pobre San Pedro está amando por mandato; ahora le obligan también á *pacer*: á modo de oveja, de buey, ¿cómo *pacer* el mayor de los apóstoles? Lo que Jesús le mando fué *apacentar* el rebaño ó la grey que dejaba á su cuidado, y de ningún modo ir rumiando por dehesas ajenas.